

ala delta

Joaquín CARBÓ

**FELIPE MARLOT
INVESTIGA**



Felipe Marlot lleva tiempo sin trabajar. Para no perder la forma, decide entrenarse siguiendo la pista del primer hombre que llame su atención. Como no es un detective cualquiera, puede ocurrir cualquier cosa.

Joaquim Carbó es bien conocido por los jóvenes lectores. Ha escrito muchos cuentos, novelas, cómics y teatro. Recibió galardones tan importantes como el *Folchi i Torres*, *Generalitat de Catalunya*, *Joaquim Ruyra*, *Serra d'Or...*

*A todos los detectives
que no usan pistola*

Índice de contenido

Cubierta

Felipe Marlot investiga

El entrenamiento

Un artista con mucha cara

Dos pájaros de un tiro

El baile de los disfraces

El entrenamiento

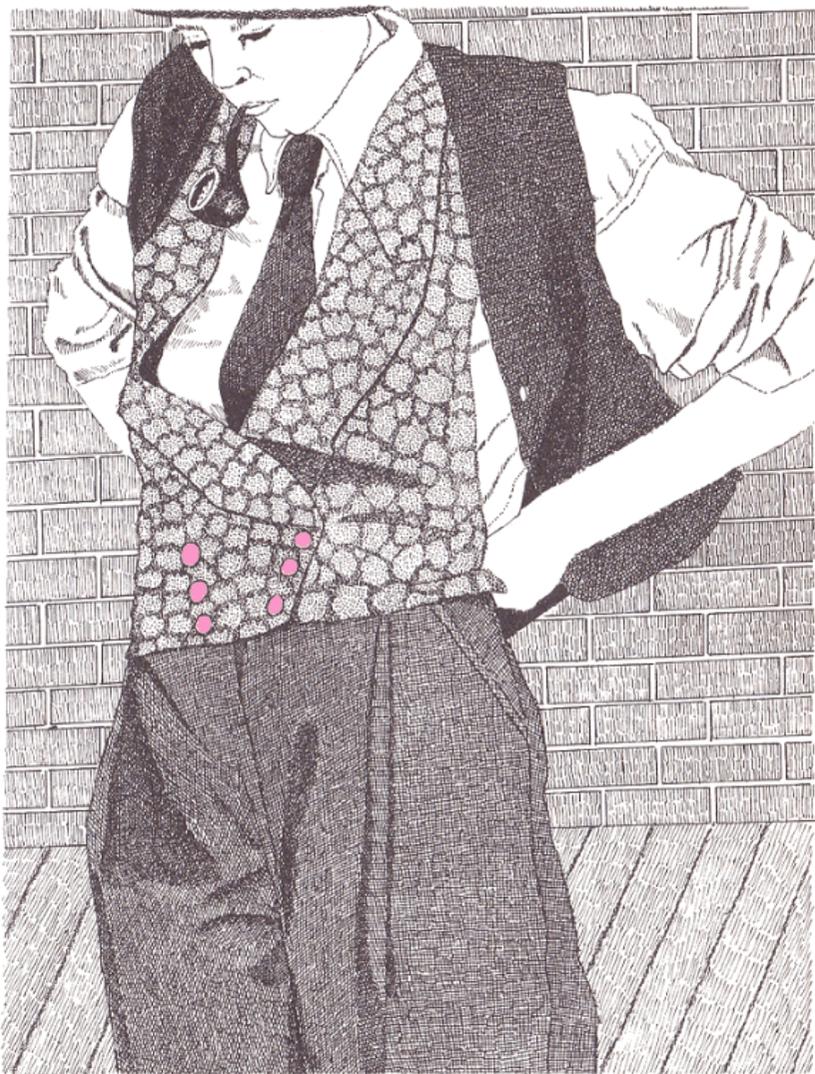
HE pasado toda la tarde entrenándome. ¡Ah! Ya veo que queréis saber cómo hacemos nosotros, los detectives privados, para entrenarnos, ¿verdad? En eso sí que nuestro reglamento no es demasiado explícito. Más bien deja que cada cual actúe a su aire, a su manera.

Hacía días que nadie solicitaba mis servicios. Por lo tanto, no movía las piernas, clavados los codos en la mesa del despacho y la mirada puesta en el teléfono, siempre a punto para descolgarlo al primer ¡ring!, esperanzador que me obligara a tomar nota de un pájaro que había que buscar porque había volado del nido, de un bribón que tenía los dedos ágiles y se había equivocado de bolsillo al ir a sacar la cartera, o de alguien que había perdido el tren o la vergüenza.

Así pues, un poco oxidado por la inactividad, he salido a la calle dispuesto a practicar un sistema de entrenamiento que inventé hace tiempo y que me viene de perlas para recuperar la forma. Os lo explicaré de un tirón: consiste en salir a la calle, seguir a alguien –el primero que me llame la atención– y vigilarle de acuerdo con la técnica de observación a distancia, sin perder nunca el contacto con el sospechoso y tomando nota de sus más insignificantes movimientos, como si se tratara de una cuestión de vida o muerte y tuviera que presentar un detallado informe a un generoso cliente.

La tarde era calurosa. La gente, al salir yo a la calle, caminaba poco a poco. He dejado pasar a un viejo, a dos

chicas, a un cartero... No sabía a quién escoger. He caminado un poco más. De repente le he visto: era un individuo cuya cara me recordaba a alguien, tal vez a un actor especializado en papeles de malo de película. Le he seguido a distancia. El hombre miraba los escaparates de las tiendas de alimentación como si hiciera una semana que no comiera y las enrejadas puertas de los bancos con unos ojos que parecían limas bien afiladas. Ha mirado hacia atrás como si se hubiera dado cuenta de que le seguía.



¡Corchos! Enseguida he pensado que, si no había hecho alguna fechoría, ya estaba a punto de hacerla. ¡La pura casualidad me había puesto sobre su pista! ¡Ya me veía atrapándole con las manos en la masa! Ya me veía después cobrando la recompensa, a toca teja, pela a pela. Pero de repente me di cuenta de que todos mis pensamientos eran producto de mi deformación profesional: no hay

quien me detenga, cuando estoy sobre una pista. Ya estaba soñando con sensacionales descubrimientos, misterios desentrañados y enigmas resueltos, cuando apenas estaba practicando un simple entrenamiento.

Ocupado en estos pensamientos he estado a punto de perderle de vista. ¡Si me llego a descuidar, se me escurre por una boca de metro! Suerte que le he visto cuando entraba. La cosa se estaba poniendo interesante y complicada: en el metro has de estar muy atento para seguir al tipo al que vigilas. Si él abriga alguna sospecha, puede saltar del tren cuando las puertas se cierran y dejarte dentro con un palmo de narices. Para acercarme sin llamar la atención, he comprado un periódico en un pequeño quiosco que hay antes de la jaula que sirve de taquilla. Esto me ha permitido estar muy cerca de él, porque lo he desplegado y me he ocultado detrás. Como él se había sentado, yo le veía los zapatos por debajo de las hojas. Cuando me he percatado de que se levantaba muchas paradas más allá, al otro lado de la ciudad, me he lanzado tras él.

Entonces, al poner el pie en el andén, he puesto en práctica un ejercicio que evita las sospechas, pero que sólo se puede hacer cuando la estación tiene dos salidas. Mientras él se iba hacia la derecha, yo he echado a correr como un loco hacia la izquierda. Es preciso recorrer doble distancia que el otro en el mismo tiempo: he subido las escaleras de dos en dos y he tenido que escuchar alguna pulla de alguien que bajaba y a quien he empujado. He llegado a la calle chorreando como un cántaro. Al recibir los rayos del sol, me he tenido que orientar. Aunque me conozco la ciudad como si yo mismo hubiera trazado las calles, aquel lugar me resultaba poco familiar. No obstante, enseguida me he dado cuenta de dónde estaba la otra boca de metro y he corrido hacia ella como si me persiguiera la policía. He frenado antes de llegar. Aún no salía nadie. Pero de repente ha comenzado a salir gente. He re-

conocido a otros viajeros, pero no había ni rastro de mi hombre. Ha pasado un minuto y se ha restablecido la calma. He corrido un poco en todas las direcciones posibles sin resultado alguno. Entonces he vuelto a la boca del metro, me he sentado en un banco de la calle, he sacado la libretita del bolsillo y he intentado hacer un retrato de aquel individuo. No se trataba, naturalmente, de un retrato-robot, como los que vemos que hacen los guripas de la televisión, porque a mí nadie me había de explicar cómo era el individuo: yo mismo le había escogido y sabía muy bien la pinta que tenía. No obstante, la dificultad del caso estribaba en mi poca maña para manejar el lápiz, sobre todo si había de ser de manera rápida. Sin embargo, a los cinco minutos ya había acabado un esbozo de retrato. No he quedado descontento del todo porque he creído que en lo esencial se parecía a él: frente estrecha, nariz de pimiento, ojitos pequeños y bigote muy poblado y ligeramente caído...

El siguiente paso de mi plan de entrenamiento era hablar con la gente.

Me he acercado al viejecito que tomaba el sol en el mismo banco en el que yo había dibujado mi obra de arte y le he soltado a bocajarro, poniéndole la libretita ante sus ojos:

—¡Hola, abuelo! ¿Ha visto pasar por aquí hace un momento a este individuo?

El viejecito le ha mirado bien, lentamente, como si aquello no corriera prisa y dispusiéramos de todo el tiempo del mundo. Me ha cogido la libreta, la ha sopesado y en sus vivos ojitos de comadreja me ha parecido leer que tenía muchas ganas de dar la vuelta a la página y mirar qué había dibujado y escrito antes y después. No se ha atrevido a hacerlo, pero, en cambio, me ha preguntado:

—¿Eres un artista, joven?

He negado de prisa con la cabeza y él ha continuado después de una pausa:

—Es que si lo fueras, te pediría que me hicieras un retrato. Pero que saliera joven, ¿sabes? A nadie le gusta verse tal como es cuando tiene mi edad. No sé si me entiendes...

El viejecito aún no había contestado a mi pregunta. Yo le escuchaba y miraba de reojo la boca del metro, aunque estaba convencido de mi fracaso. No creía que fuera a salir por ella mi perseguido. Vete a saber por dónde andaría ya y si se estaría riendo de mí en el caso poco probable de que se hubiera dado cuenta de que le seguía. Mas el viejecito continuaba con sus reflexiones:

—Entonces, si no eres un artista, debes de ser, debes de ser... ¡No! No tienes cara de vender nada. Tú más bien eres de los que buscan, de los que registran, de los que huelen, de los que persiguen... Se te ve la desazón en los ojos. Yo he conocido a muchos hombres que llevaban la desazón en los ojos. Y todos han acabado mal. Eres de los que tienen prisa, de los que no saben detenerse a tiempo, de los que se dejan llevar por la velocidad...

Mientras el hombre me soltaba aquella lección de filosofía barata, que recibida de otro me hubiera resultado cargante, yo había dejado de sudar. Se estaba bien sentado en aquel banco, a sol y sombra, viendo pasar a otras personas presurosas, con cara de mal humor. Me ha picado lo que me ha dicho el viejecito: que llevo la desazón en los ojos. He cedido y le he escuchado. No tenía ganas de que se cumpliera su predicción de que todos los desasosegados acababan mal. Me han venido ganas de demostrarle que, cuando es conveniente, también sé detenerme a tiempo. Al fin y al cabo, yo no tenía ninguna obligación de perseguir a aquel individuo que se me había esfumado como por arte de encantamiento. Además, siempre que practicaba aquel ejercicio sabía que la cosa no era correcta, que no tenía derecho alguno a seguir a nadie sin motivo, aunque sólo fuera por entrenarme.

No importaba, pues, que perdiera un poco de tiempo. De hecho, no lo estaba perdiendo. El viejecito se merecía tener a alguien que le escuchara. Las cosas que me decía, aunque a los que le conocían les debían de sonar como un disco rayado, a mí me sonaban a novedad:

—... Se ha de comer poco y digerir bien. Te ha tocado vivir una bonita época, muchacho, aunque, bien mirado, todas las épocas han sido bonitas... Mira, el gozo de vivir, la solución del misterio que hace que la vida sea más agradable, todos la llevamos dentro. Yo nunca he sido un conformista, ¡y pobre de ti si lo eres!, pero tampoco he sido envidioso... La envidia, ¡eso sí que es malo! Ya decían antes que la envidia es mala consejera. ¡Y ahora hay tantas cosas movidas por la envidia! Cuánta gente no duerme tranquila porque su vecino tiene un coche más reluciente, una nevera con más estrellas, un piso mayor... ¡Ah, los coches! Como si no bastaran las dos piernas para trasladarse de un sitio a otro. Imagínate que me regalan un coche. ¿Qué haría yo con él, si no sé conducir? Además, sin él nunca he llegado tarde a los sitios. ¿Por qué hemos de poseer un coche cada uno, si con el autobús tenemos el chófer incluido? ¿Y el dinero...? ¿De qué me hubiera servido a mí el dinero que hubiera podido acumular durante años exprimiendo a unos trabajadores, escatimándoles el sueldo y haciéndoles trabajar más de la cuenta? Podría comprar más comida, naturalmente, pero resulta que no me conviene hartarme. Podría hacer grandes viajes, pero en ningún sitio estoy mejor que en mi casa, con mis canarios, mis cuatro libros y los discos de las tres óperas que me gustan. Y sobre todo con estos momentos que salgo a la calle a tomar el sol y encuentro, como hoy, a alguien tan bien dispuesto como tú a escucharme...

El hombre hablaba sin parar. He perdido la noción de todo. Me ha contado cosas de cuando era joven, de antes, durante y después de la guerra. De todo lo que le había gustado hacer: ir a la montaña y descubrir nuevos paisa-

jes, respirar en espacios abiertos, oír los cantos de los pájaros, refrescarse los pies en los riachuelos de frescas y rápidas aguas...

De repente se ha detenido y me ha mirado como si me viera por primera vez. Y ya no me ha quitado el ojo de encima hasta que me ha arrancado una respuesta a su pregunta:

–Joven, ya sé que no me importa y que cada uno bastante tiene con sus cosas, pero me gustaría saber por qué buscas al hombre del retrato.

De momento no he caído en la cuenta. No sabía de qué me estaba hablando. Arrastrado por su locuacidad, ya no recordaba la existencia del hombre a quien había perseguido para distraerme o, siendo más exacto, para entrenarme. Cuando volví a la realidad, exclamé:

–¡Ah! Se refiere al que le he mostrado antes, ¿no? ¡Ni me acordaba de él!

Y el viejecito ha insistido:

–¡No pretenderás hacerle daño! ¿Le perjudicarás, si le encuentras? Porque, bien mirado, yo habría dicho que eres de la bofia (policía), pero después de haber tenido tanta paciencia conmigo y de haberme escuchado tanto rato, ya no sé qué pensar. Tal vez eres uno de esos que pide informes, o...

Se lo he aclarado sin dejarme nada en el tintero. Le he explicado con pelos y señales cuál era mi profesión y qué pretendía aquella tarde al lanzarme sobre la pista de aquel elemento... El viejecito se ha echado a reír:

–¡Mira por dónde, vamos! ¡Yo pensaba que sólo había sabuesos en las novelas!

Me ha sorprendido que aplicara ese epíteto a mi oficio. En realidad, sólo lo utilizamos nosotros mismos, los profesionales, o los escritores de novelas policíacas. Se lo he comentado y él ha vuelto a reír:

–¡Ja, ja! ¡No me pierdo ni uno de estos libros! Y te aseguro que muchas veces antes de llegar a la mitad ya

me he olido al culpable.

Todavía hablamos un rato más. Él no se atrevía a decírmelo claramente, pero se ve que desde el comienzo se ha creído que yo perseguía a aquel hombre con malas intenciones. Me ha dado conversación para despistarme y hacerse idea de qué era lo que yo buscaba. Cuando le volví a decir que sólo se trataba de un entrenamiento, me dijo que ya se lo creía y...

—... Si quieres saber por qué no le has visto salir a pesar de haber corrido tanto, entra en la boca del metro: ¡antes de llegar al andén hallarás la solución!

Nos hemos separado la mar de amigos. Me ha dicho dónde vivía y yo le he tenido que prometer que, si algún día llevo un caso muy difícil y no acierto con la solución, iré a visitarle: me ayudará a pensar...

—... A veces no es preciso correr mucho para descubrir un caso. ¡Es el cerebro el que ha de correr, muchacho! No sé si me explico...

Reía por dentro mientras bajaba las escaleras del metro. ¡Qué personaje aquel viejecito! Lo que me había dicho a última hora era ridículo: que encontraría la solución si entraba en la boca del metro y que me ayudaría a descubrir casos difíciles... ¡O estaba chalado o era un bromista!

Pero, de repente, me he tragado la risa. Lo primero que he visto al bajar las escaleras ha sido al hombre a quien había seguido a primera hora. Ahora iba vestido de otra forma: llevaba una bata y estaba de pie detrás del mostrador donde vendían almendras, avellanas y garapiñadas... ¡He aquí por qué no le había visto salir! El hombre trabajaba en un rincón de la estación del metro y, por tanto, se había quedado allí mientras yo salía con un palmo de lengua fuera. El viejecito lo sabía desde el primer momento porque le conocía... Y no me ha dicho nada hasta que se ha asegurado de que no le quería jugar una mala pasada.

Me han entrado ganas de reír. ¡Estaba contento! Al menos el retrato se parecía al original, porque el viejecito le había reconocido a la primera. He tenido ganas de saludar a mi perseguido, de decirle algo. Pero en lugar de mostrarle el retrato que le he hecho, le he comprado una bolsa de pipas y he enmudecido. ¡Me hubiera tomado por loco si le hubiera llegado a contar toda la aventura de aquella tarde!

Durante todo el viaje de vuelta a casa me he esforzado por concentrarme en el diario. No tenía ganas de que se me despertara la inquietud de volver a perseguir a alguien sin motivo.

Un artista con mucha cara

A Joan Brossa.

HOY me he despertado temprano. Un rato antes de que el riing del despertador alborotara el gallinero, ya tenía los ojos abiertos. Si me he quedado todavía en la cama, ha sido porque no tenía prisa, porque sabía que nadie me necesitaba, no por pereza, porque a todos os consta lo cumplidor que soy yo cuando tengo algún asunto pendiente.

He vuelto al estado de consciencia mientras practicaba unos ejercicios de memoria que siempre van bien para despertar. A pesar de que tengo poco trabajo, me esfuerzo por estar en forma por si se presenta la ocasión de demostrar, aunque no está bien decirlo, que soy de los mejores y que pocos de mi profesión pueden toserme. El ejercicio de retentiva que me he propuesto esta mañana ha sido recordar por orden cronológico inverso, o sea, un día tras otro, qué he comido para desayunar... Ayer, jueves, pan con mortadela; anteayer, miércoles, mortadela con pan; el martes, pan con chorizo; el lunes, chorizo con pan; el domingo, para hacer un extra, pan con jamón; el sábado, pan con... He abandonado enseguida el ejercicio porque, nada más pensar en ello, se me ha hecho un nudo en la garganta: hoy me vuelve a tocar una rodajita de mortadela, tan fina como una piel de cebolla, emparedada en un zoquete de pan seco. Yo no me puedo permitir filigranas para almorzar, y ahora menos que nunca porque estoy